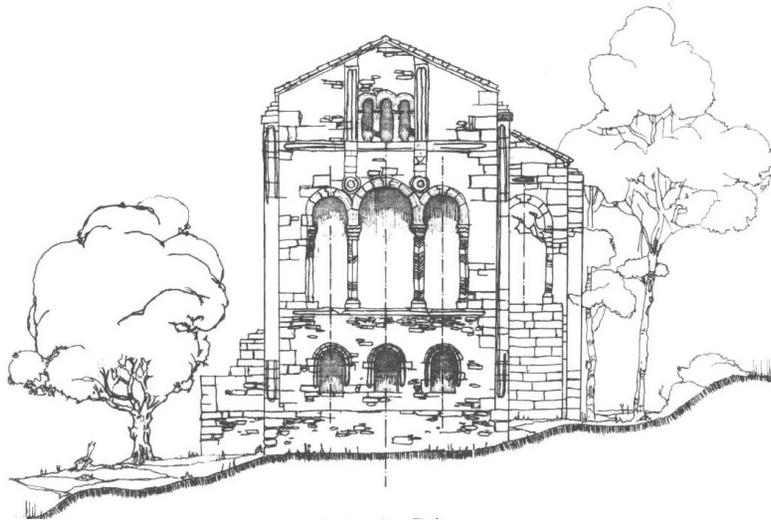


# Las restauraciones arquitectónicas de Luis Menéndez-Pidal arquitecto de la Primera Zona Miguel Martínez Monedero\*

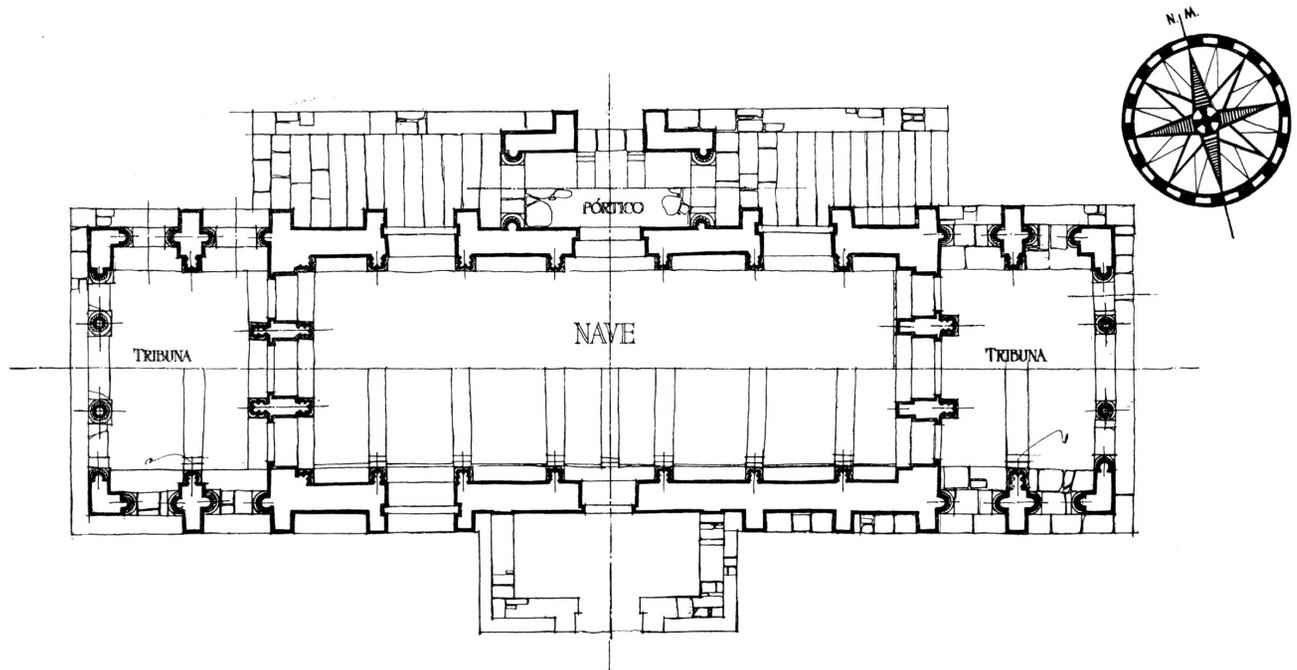


1. Iglesia de Santa María del Naranco (Oviedo), fachada oriental, proyecto de restauración, por Luis Menéndez-Pidal, 1949 ( Archivo General de la Administración AGA )

**La mitad del siglo XX de la restauración arquitectónica en España está caracterizada por la actuación de un grupo elegido de arquitectos que poseían en exclusiva la autorización para intervenir en el patrimonio existente. Entre éstos, uno de los más significados fue Luis Menéndez-Pidal, a través de cuya obra se refleja la evolución de las filosofías de restauración en España durante los cincuenta años centrales del siglo pasado. Este artículo ofrece un interesante panorama de este arquitecto, desde las claves de su formación hasta la evolución de su pensamiento, ilustrado por sus principales intervenciones en el patrimonio español.**

*The architectural restorations of Luis Menéndez Pidal, architect of the Primera Zona. The architectural restoration carried out in Spain during half of the 20th century is characterised by the work of a small group of architects who were exclusively responsible for the refurbishment of the built heritage. One of the most outstanding among them was Luis Menéndez Pidal, whose work is a compendium of the evolution of restoration philosophies in Spain during the fifty central years of the last century. This article provides an interesting overview of this architect, from his education to his thinking, illustrated by his major interventions on Spanish architectural heritage.*

\*Miguel Martínez Monedero es Dr. Arquitecto y profesor de Proyectos de la E.T.S. de Arquitectura de la Universidad de Granada.



2. Iglesia de Santa María del Naranco (Oviedo), planta alta, proyecto de restauración, por Luis Menéndez-Pidal, 1949 ( Archivo General de la Administración AGA )

Luis Menéndez-Pidal fue uno de los protagonistas de la restauración arquitectónica del patrimonio español durante el siglo pasado, y en concreto durante la etapa franquista<sup>1</sup>. Desde el comienzo de su actividad profesional en 1920, hasta 1975, año de su fallecimiento, su trabajo se desarrolló paralelo a cambios políticos y diversas circunstancias sociales, en una época convulsa y determinante en la consecución de la actual disciplina de la restauración arquitectónica. En estos 55 años de ejercicio profesional Luis Menéndez-Pidal restauró cerca de 200 edificios en sus distintos cargos dentro de la Administración, pero fundamentalmente como Arquitecto Conservador de Monumentos de la Primera Zona (1941-75), cuando tuvo bajo su tutela los monumentos más importantes de las provincias de Asturias, León, Zamora, La Coruña, Lugo, Orense y Pontevedra. El estudio de su obra y de su evolución intelectual es, por lo tanto, una herramienta inmejorable para acercarnos a la restauración monumental de este dilatado y fundamental periodo de la restauración arquitectónica en España.

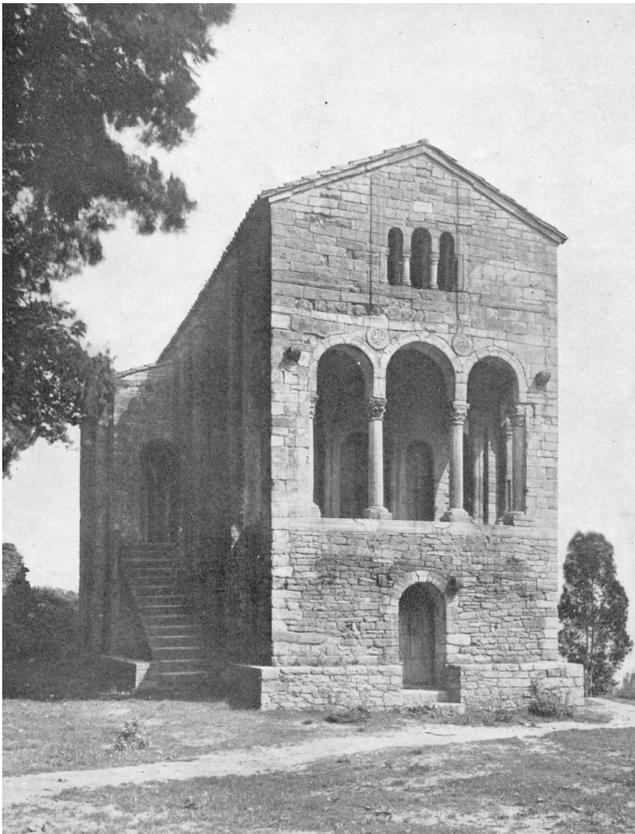
### Formación intelectual y desarrollo metodológico

Las diferentes y numerosas influencias que acompañaron el desarrollo cultural y metodológico de Menéndez-Pidal, junto con las cambiantes circunstancias históricas por las que discurrió su vida profesional (1920-75), motivan que

sus criterios de restauración no sean clasificables en una tendencia concreta. La postura ideológica que se deduce de sus escritos y actuaciones es sumamente significativa, pues corresponde a un heredero del “racionalismo neomedievalista” de Viollet-le-Duc, a la que añadió una formación ecléctica y cargada de diferentes referencias presentes todas ellas en la restauración arquitectónica de principios del siglo XX; tal y como pudieron ser las interpretaciones “arqueológicas”, “científicas” o incluso “románticas”<sup>2</sup>. La formación de Menéndez-Pidal participó de las dos grandes corrientes sobre restauración arquitectónica activas en España a principios de siglo: la escuela “conservadora” y la “restauradora”, que eran defendidas respectivamente por Leopoldo Torres Balbás y Vicente Lampérez y Romea. El interesante debate que se producía a principios del siglo pasado entre los partidarios del discurso “estilístico” (Lampérez) y los renovadores “científicos” (Balbás), sería el caldo de cultivo donde nuestro joven arquitecto daría sus primeros pasos<sup>3</sup>. Su siguiente referencia sería la del historiador Manuel Gómez Moreno, quién propuso a Menéndez-Pidal para la [restauración de Santa María del Naranco o palacio de Ramiro I, en Oviedo \(1929-1936\)](#). Este importante personaje ejerció como tutor el desarrollo de esta obra, y lo que es más importante, el método que ambos desarrollaron sería muy influyente en su evolución posterior.



3



4

3. Iglesia de Santa María del Naranco durante las obras de restauración. (Foto: Luis Menéndez-Pidal )

4. Iglesia de Santa María del Naranco ya restaurada (Foto: Luis Menéndez-Pidal )

5. Monasterio de Guadalupe, fachada meridional, estado anterior (Archivo General de la Administración AGA )

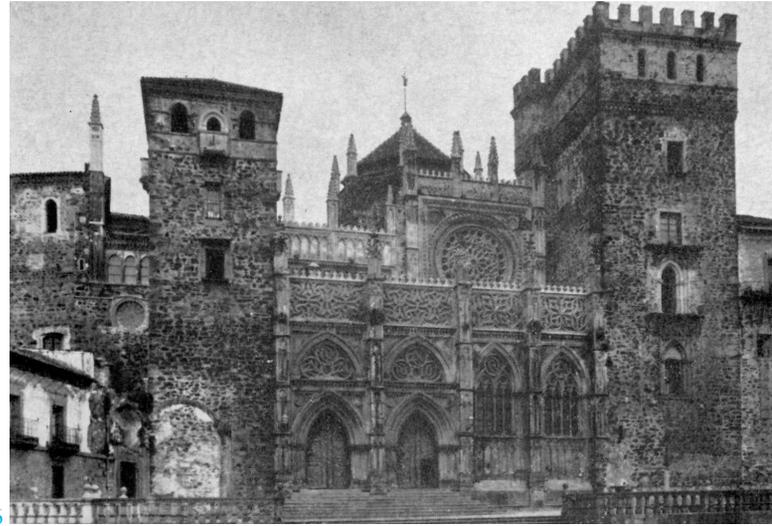
6. Monasterio de Guadalupe, fachada meridional, estado reformado, 1967 (Archivo General de la Administración AGA)

Gómez Moreno junto con Menéndez-Pidal defendieron para Santa María del Naranco la recuperación de su “estado original”, que sería desentrañado mediante una metodología que se apoyara en la investigación arqueológica e histórica. Arqueológica, porque ambos técnicos realizarían investigaciones arqueológicas sobre las fábricas del edificio, las cuales estaban ocultas por múltiples añadidos históricos. E histórica, porque se acudió a todo tipo de documentación histórica científicamente contrastada que ayudara a desentrañar ese perseguido “estado original” del edificio (como fueron las didácticas litografías de Parcerisa de 1856). La lectura arqueológica del edificio y la búsqueda de su estado prístino a través del estudio de los restos conservados y la documentación histórica fue, a la sazón, aprendido por nuestro arquitecto y se convertiría, a partir de entonces, en una constante en su desarrollo metodológico. No obstante, la responsabilidad de su primer proyecto en Asturias situó a Menéndez-Pidal en una delicada posición de compromiso entre sus propuestas renovadoras, más “modernas”, y la necesidad de obtención de unos resultados formales satisfactorios. La restauración de Santa María de Naranco adolece en muchos aspectos del rigor “científico” demostrado en sus primeros proyectos (Nieva y Guadalupe), ya que rechazó de plano la idea boitiana de diferenciar fábricas o elementos añadidos de originales, en beneficio del resultado formal del conjunto. La preferencia por el entendimiento plástico de la obra se impuso, por vez primera, al respeto de su verdad material y a sus modificaciones históricas, que con el paso de los años, salvo escasas excepciones, se convertiría en un aspecto invariable de su método.



5

Otro proyecto de juventud, anterior a la Guerra Civil, fue la [restauración del monasterio de Guadalupe \(Cáceres\)](#). Este importante y conflictivo monumento le fue asignado por la mediación directa de Vicente Lampérez, quién reservó a su pupilo de Facultad un desafío donde conocer la verdadera capacidad profesional de nuestro personaje. Menéndez-Pidal llegaría a ser durante 51 años el arquitecto conservador del monasterio. La importancia de este monumento, no ya sólo en sus comienzos sino en toda su trayectoria profesional (1923-75) fue vital para nuestro arquitecto. De su complicada tutela Menéndez-Pidal obtuvo las mejores enseñanzas que posteriormente aplicaría en las numerosas ocasiones que se le presentaron, ya fuese en un primer momento en la restitución de los daños de la Guerra Civil en la cornisa Cantábrica o posteriormente con su responsabilidad sobre la Primera Zona. La dilatada intervención sobre Guadalupe, al abarcar la práctica totalidad de su trayectoria profesional, se constituye como el mejor exponente para dilucidar cuáles fueron los planteamientos y evolución de su particular metodología de la restauración. Desde sus primeros años, donde el respeto al monumento, las referencias a su etapa académica y a los principios “modernos” fueron más notables; hasta los últimos expedientes, en los que la confianza por su asentamiento en el panorama cultural español y la seguridad de mantenerse inalterable como conservador del monumento, le llevaron a aceptar riesgos excesivos. Todo ello nos ofrece una trayectoria evolutiva que perseguirá la “idea de edificio” como último objetivo, que con el pasar de los años irá materializando. Último objetivo que consistirá, lo veremos, en recuperar la “autenticidad” de la obra, aunque esta hubiera de pasar por la recomposición o la restitución de partes perdidas, unas veces “arqueológica”, pero tantas otras



6

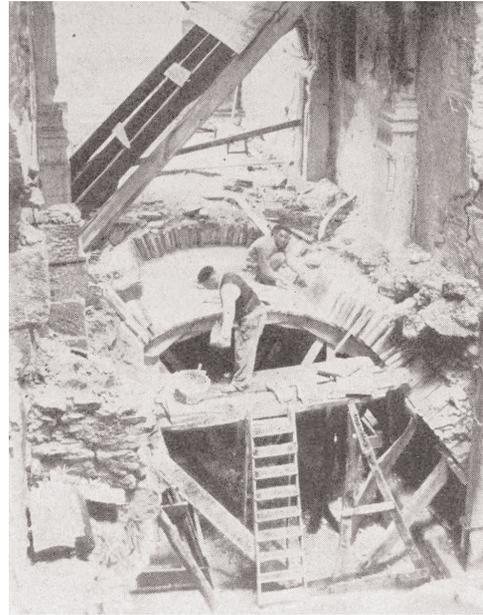
“estilística”. La continuada atención al edificio, y la búsqueda de su “originalidad” le daría pie en última instancia a plantearse desde criterios revisionistas la integridad arquitectónica de todo el conjunto.

Sería como consecuencia de su viaje iniciático a Italia, a mediados de los años 30, cuando obtengamos una nueva influencia en su formación que añadir a las anteriores. En Italia conoció las numerosas alternativas viables que se planteaban al “método estilístico”, entre las que se hallaban las ejemplares restauraciones arqueológicas que, realizadas por Giuseppe Valadier, habían anticipado el discurso “científico” y las modernas tesis de la restauración monumental, enunciadas por Boito; y descubrió, asimismo, la obra de Antonio Muñoz, que había desarrollado por los años 20 un método arqueológico e intervencionista similar al que con los años adoptaría nuestro arquitecto. Igualmente heredero del “método histórico” de Luca Beltrami, Muñoz acuñó con sus intervenciones un perfil arqueológico que fue común a Pidal. La recomposición de los edificios a través de inducciones o confrontaciones estilísticas que buscaran el “modelo ideal” a partir de elementos científicamente ciertos, resultado de una investigación histórica y arqueológica, fue un argumento común entre ambos; los ejemplos de Santa Sabina (1914-19), San Giorgio al Velabro (1923-26), o Santa Balbina (1927-29), fueron conocidos por nuestro arquitecto e incorporados a su bagaje cultural. Además, la intervención de Muñoz sobre la basílica de Santa Sabina se había configurado como una clara referencia de la que Fortunato Selgas y Lampérez realizaran para San Julián de Prados (Oviedo, 1912-15), que calificada de “modélica” por la crítica de su tiempo, fue bien valorada por nuestro arquitecto, e incorporada como una referencia más que añadir a su formación.

7. La Cámara Santa de la catedral de Oviedo durante los trabajos de anastilosis y reconstrucción. En: "La Cámara Santa de la catedral de Oviedo. Su destrucción y reconstrucción" *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos (BIDEA)*, n° 39, Oviedo. 1960, pp. 3-44

8. La Cámara Santa de la catedral de Oviedo, alzado lateral, proyecto de reconstrucción. Luis Menéndez-Pidal, 1940 ( Archivo General de la Administración AGA)

9. La Cámara Santa de la catedral de Oviedo después de la reconstrucción. En: "La Cámara Santa de Oviedo. Su destrucción y reconstrucción" *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos (BIDEA)*, n° 39, Oviedo. 1960, pp. 3-44



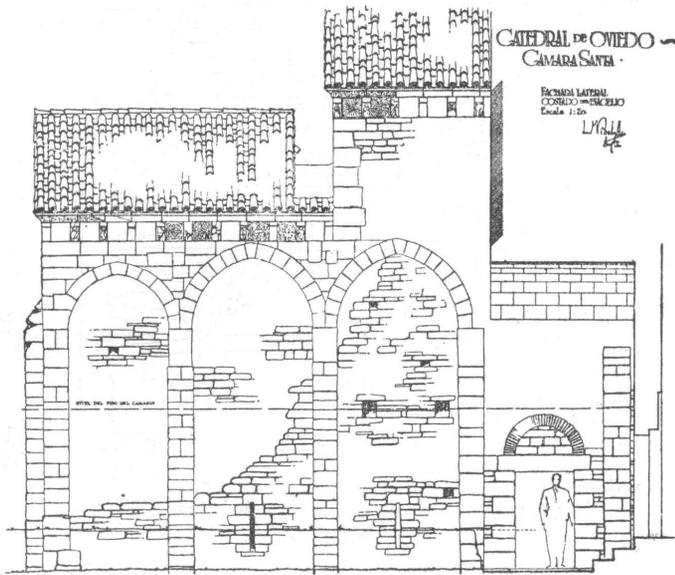
7

### La guerra civil

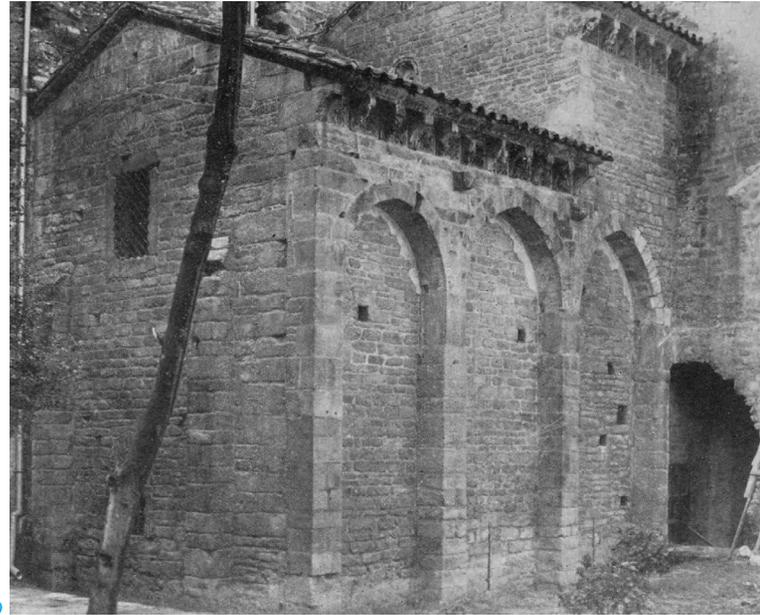
Al periodo ecléctico y formativo de sus primeros años habrían de seguirle profundos cambios y penosos acontecimientos en el panorama nacional de la restauración arquitectónica. Los sucesos revolucionarios de Asturias (1934) y la Guerra Civil (1936-39) supondrían un periodo de retroceso ideológico de los conceptos aprendidos hacia posturas ya superadas en la Segunda República. Estos cambios vinieron motivados por las numerosas destrucciones en el patrimonio y, entre otras causas, la nueva organización administrativa y política nacida tras la contienda. La urgente necesidad de afrontar la reconstrucción de posguerra demandó una acuciante renovación de los rigurosos principios "modernos" entonces vigentes; en este contexto, Menéndez-Pidal, al igual que el resto de profesionales que hubieron de abordar las reconstrucciones de posguerra, comprobó con su propia experiencia como el "método científico", recogido en la Conferencia de Atenas de 1931, se mostraba inaplicable en la multitud de casos que se presentaban. Los destrucción sistemática del patrimonio monumental que sufrió España como consecuencia de la Guerra Civil, sería, al igual que en Europa con la Segunda Guerra Mundial, determinante para la transformación de los conceptos generales de restauración durante el siglo XX.

Durante la Guerra Civil se desarrolló la siguiente etapa en la evolución intelectual y metodológica de Menéndez-Pidal. Su decidida toma de postura por el bando nacional le permitió actuar militarizado en la conservación del

patrimonio arquitectónico; pero sería su nombramiento como Representante de la Junta Informativa de la Reconstrucción, a la caída del frente norte (octubre, 1937), y de la mano de Pedro Muguruza, lo que supuso su vinculación con los monumentos de la Zona Cantábrica, que marcaría definitivamente su desarrollo posterior<sup>4</sup>. Los años de guerra fueron un periodo convulso y complejo que a la postre condicionarían la metodología de nuestro joven arquitecto. Pero no por ello fue una etapa menos rica en su aprendizaje, ya que se vio ampliado por la cantidad y extensión de los monumentos puestos bajo su tutela, ensayo inmejorable para los arduos años de posguerra posteriores. Fueron muy numerosas las intervenciones realizadas para el Servicio en tiempos de guerra y en la inmediata posguerra. Multitud de pequeñas iglesias asturianas fueron seleccionadas entre 1938-41 y puestas bajo la tutela de Menéndez-Pidal, quién realizaba proyectos de urgencia y acometía los trabajos prioritarios para asegurar la integridad constructiva y estructural de sus arquitecturas. Así sucedió con las iglesias de San Julián de Prados, San Salvador de Fuentes, San Salvador de Priesca, San Andrés de Bedriñana, San Juan de Amandi, o San Pedro de Nora, entre otras; drásticamente marcadas por la gravedad de los daños sufridos, la reconstrucción motivaba que los "modernos" postulados de su etapa inicial se vieran relegados en favor de posturas más intervencionistas y vitales de recuperación del monumento<sup>5</sup>. Sin embargo, Menéndez-Pidal, desde su nueva posición al servicio del naciente régimen, experimentó un retroceso en sus planteamientos al recuperar



8



9

con todo vigor conceptos, entonces ya obsoletos, de “integridad estructural” y “unidad de estilo”, en la recuperación del patrimonio dañado. La “reconstrucción” era planteada por las nuevas instituciones como objetivo incontestable, que incluía, en muchos casos, la revisión “estilística” de su morfología. Además, al igual que sucediera en el resto de ciudades afectadas por la Segunda Guerra Mundial, la destrucción era aprovechada por Menéndez-Pidal para corregir, sino mejorar, defectos o entendimientos erróneos, según un razonamiento positivista (y en muchos casos “estilístico”), que pretendía devolver el mejor estado al edificio restaurado. Sus intervenciones, salvo excepciones, quedaron al margen de la denuncia del hecho histórico de la destrucción, superponiendo el “valor artístico” y la monumentalidad del edificio como aspecto predominante; y dejando a un lado la denuncia responsable y “científica” de la destrucción. Por otro lado, el aprendizaje de las técnicas constructivas tradicionales desarrolladas en la reconstrucción de estos ejemplos, durante los penosos años de la Guerra Civil, se convertiría en uno de sus más sólidos valores; la fidelidad arqueológica de sus procedimientos otorgaba a sus intervenciones la fiabilidad de la continuidad constructiva y estructural del edificio.

El compromiso de Menéndez-Pidal con el naciente régimen fue reconocido por Regiones Devastadas y los encargos más señalados de la cornisa Cantábrica le fueron asignados en los siguientes años, aún antes del fin de la guerra. El primer proyecto para la nueva Administración

abordó la [reconstrucción de la Cámara Santa de la catedral de Oviedo \(1938-42\)](#) lo que da a entender la importancia que adquiriría la capital asturiana, debido al destacado papel realizado con su “Resistencia”<sup>6</sup>. De todos los monumentos intervenidos sería la reconstrucción de la Cámara Santa la que mejor refleje la actitud que adoptó Menéndez-Pidal por aquellos años; su reconstrucción se imponía desde las propias instituciones como instrumento para borrar la destrucción pasada y el establecimiento del “Nuevo Orden”<sup>7</sup>. El “valor artístico” se imponía a cualquier otro entendimiento “científico” y la conservación del hecho histórico de la destrucción era un argumento insignificante y prescindible. Queda claro con ello la doble estrategia política y propagandística que significaba su reconstrucción y cómo Menéndez-Pidal se vio forzado a no considerar la propuesta de reconstrucción más “científica” de su compañero Alejandro Ferrant, para enfrentarse al problema desde un punto de vista “arqueológico” que recuperara el edificio con la mayor fidelidad tanto a su imagen formal como a su materialidad construida. Criterios similares se dieron en la [reconstrucción de la torre Gótica de la catedral de Oviedo \(1938-53\)](#). Mutilada por efecto de la artillería durante la guerra, la reconstrucción íntegra fue impuesta desde Regiones Devastadas. La torre fue restituida a su estado anterior a la guerra mediante un proceso igualmente arqueológico que, aparte de reparar los daños de las bombas y la artillería, rectificó ciertas actuaciones anteriores, poco afortunadas según Pidal, con un criterio corrector y revisionista.

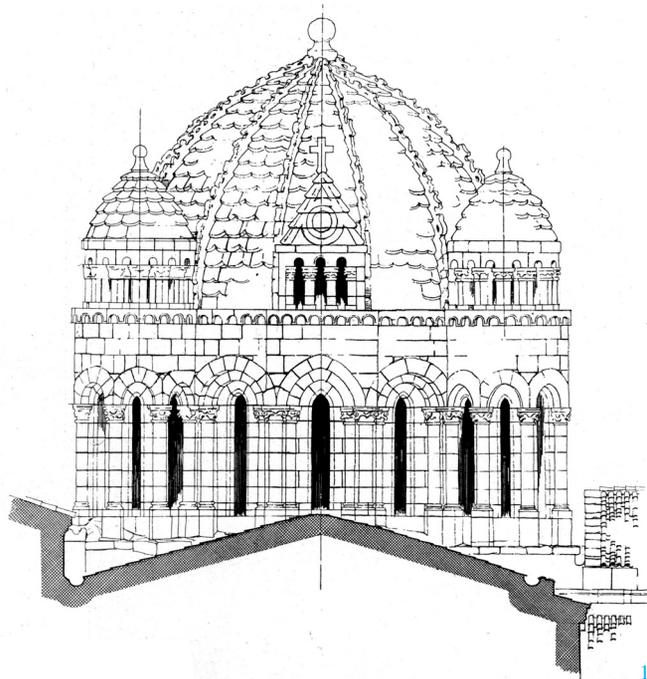


10

### El periodo de postguerra. Arquitecto Conservador de Monumentos de la primera zona

Con el fin de la guerra, el nuevo régimen encumbraría definitivamente la trayectoria profesional de Menéndez-Pidal. Con su nombramiento en 1941 como Arquitecto Conservador de Monumentos del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional, tras un breve periodo como Comisario (1939-41), dio comienzo a una nueva etapa en su trayectoria profesional, la cual estaría caracterizada por la superación de los daños causados por la guerra, junto con la atención al cuantioso patrimonio de la Primera Zona, la más amplia del territorio nacional, que incluía las provincias de: Asturias, León, Zamora, La Coruña, Lugo, Orense y Pontevedra<sup>8</sup>. Las nuevas atribuciones de su cargo le permitían, y exigían, abordar un número mayor de monumentos en un área geográfica muy extensa, lo que le facilitó el aprendizaje sobre los más variados monumentos, estilos, procedimientos constructivos, etc., que asentaron definitivamente su metodología. El reconocimiento a su labor se veía además reforzado por la continuación de sus funciones sobre el monasterio de Guadalupe, abandonado circunstancialmente durante la guerra hasta 1942, lo que constituyó una auténtica excepción dentro de las rígidas estructuras administrativas del régimen, reservada a muy pocos técnicos.

Con su nuevo escalafón, Menéndez-Pidal no solamente adquirió una responsabilidad más amplia sobre el patrimonio sino que obtuvo una libertad de planteamientos inigualable en la restauración arquitectónica de aquellos años.



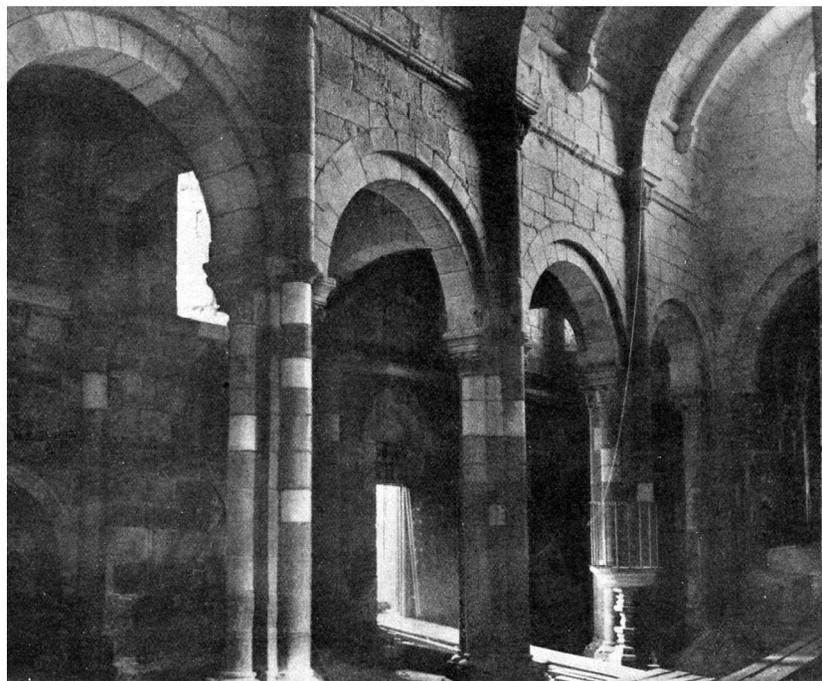
11

Sus proyectos, a partir de entonces, habrían de ser concebidos y presupuestados bajo su propio criterio y quedando únicamente a falta de la aprobación de la “Superioridad” para ponerlos en práctica. No obstante, fue una libertad de acción limitada por el “servicio” a los ideales del régimen y por el mantenimiento de los criterios que habían presidido las reconstrucciones de la inmediata posguerra. No cabían por tanto planteamientos renovadores, ni mucho menos las referencias a la moderna escuela de restauración europea; el aislamiento internacional que mantenía nuestro país condicionaba la asimilación de los postulados impuestos por las instituciones. Tanto Menéndez-Pidal como los otros arquitectos encargados de la restauración monumental en España hubieron de afrontar estos años ajenos a las distintas vicisitudes que mantenían el resto de países afectados por la Segunda Guerra Mundial, y olvidando, en buena medida, por contrarias a la causa nacional, experiencias aprendidas en etapas anteriores. Su responsabilidad al frente de la Primera Zona le abrió un extensísimo horizonte de intervenciones, en los que la precariedad económica y técnica de los primeros años del régimen provocaba que sus actuaciones se destinaran a las reparaciones más necesarias. Éstas solían recaer en las cubiertas, para asegurar la continuidad física de los monumentos, además de conseguir su integridad estructural y constructiva. La escasez de medios materiales y la ausencia de tecnologías modernas apoyaba sus intervenciones en los conocimientos constructivos tradicionales aprendidos en sus años anteriores,

10. Catedral de Zamora, dovelas del cimborrio antes de la restauración. *Restauración del cimborrio y de las cubiertas pétreas de la Catedral de Zamora* Archivo Español del Arte. Nos. 133-136, Tº 34, Madrid, 1961, pp. 193-213

11. Catedral de Zamora, proyecto de restauración del cimborrio, por Luis Menéndez-Pidal, 1948 ( Archivo General de la Administración AGA)

12. La iglesia de Santa María del Campo, estado restaurado, vista del interior. En: VV. AA. *Patrimonio Monumental de España. Exposición sobre su conservación y revitalización*. Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1976



12

evitando de este modo la inclusión de modernas y artificiosas soluciones, tan comunes en otros países y tan negativas para la integridad de sus fábricas.

La fidelidad arqueológica en las técnicas de restauración, limitada por la ausencia de medios fue un positivo argumento presente en muchas de sus primeras obras al frente del Servicio. Así sucedió en sus intervenciones sobre el Prerrománico Asturiano, donde las aportaciones constructivas se fundamentaban en la lectura arqueológica de los modelos bien conservados, como quedó demostrado en la reconstrucción de la iglesia de San Salvador de Priesca (1942), Santo Adriano Tuñón (1946-48) o San Pedro de Nora (1940, 1952), todas en Asturias; los años siguientes, toda vez concluidas estas primeras labores reparadoras, darían pie a intervenciones menos continuistas, más profundas y traumáticas, que le permitirían avanzar sobre su particular “idea del edificio”. Asimismo, las primeras actuaciones sobre el resto de monumentos de la Primera Zona estuvieron destinadas a las reparaciones más urgentes para salvar la integridad física de sus arquitecturas (con proyectos limitados por el fraccionamiento en diversos expedientes y la escasez presupuestaria) como sucedió en la iglesia del monasterio de Santa María la Nueva (Lugo, 1946- 53), la iglesia de Santa Eulalia de Bóveda (Lugo, 1953), o la colegiata de Sar (La Coruña, 1946-51), por ejemplo; otros monumentos fueron salvados de una ruina inminente gracias a las atenciones reparadoras de sus primeros años, como en el

monasterio de Santa María de Osera (Orense, 1949-60). En Zamora, la intervención sobre su catedral (1942-66) sería el ejemplo que mejor demostró el asentamiento de su método deductivo-arqueológico de intervención. En ella abordó la restitución de sus rasgos arquitectónicos más singulares formados por su cimborrio bizantino y sus cubiertas pétreas, que nuestro arquitecto redescubrió y devolvió a su virginal estado. Interés arqueológico que demostró igualmente en la intervención sobre la [catedral de Santiago de Compostela \(La Coruña, 1941-42, 1945-61\)](#), donde la investigación del sustrato arqueológico protagonizó prácticamente su trabajo, al margen de las habituales actuaciones reparadoras. Actuaciones arqueológicas que también fueron desarrolladas en tantos otros ejemplos de los que destacamos sus intervenciones sobre la colegiata de Toro (Zamora, 1942-57), la catedral de Tuy (Pontevedra, 1942), las torres del Oeste de Catoira (Pontevedra, 1944-56), o la iglesia de Santa María la Mayor (Pontevedra, 1946-53). Una actitud más moderna fue empleada, en cambio, en la intervención sobre la iglesia de Santa María del Campo (La Coruña, 1945-50), donde atajó los graves problemas estructurales que presentaban sus bóvedas en un interesante proceso de investigación y análisis.

La terminación paulatina de las necesarias reparaciones de posguerra dio origen a nuevos planteamientos ante el patrimonio monumental. Así, una de las cualidades que más valoraría nuestro arquitecto sería la imagen del edificio en



13

su entorno, ya fuera natural o urbano. Este paisaje fue concebido, en muchos casos, con la misma intención estética, que el propio edificio. El entorno “apropiado” para su contemplación debía conseguirse pasando por encima de cualquier tipo de contaminación, o manipulando, a su conveniencia, el paisaje natural. En busca de esta percepción exterior fueron realizadas no pocas liberaciones, deudor de las tesis “estilísticas” y ajeno al importante papel histórico de las adiciones. A pesar de conocer las aportaciones de Giovanonni, Menéndez-Pidal abogó siempre por la eliminación de aquellas modificaciones históricas que juzgó “molestas” para recuperar la imagen de autenticidad del monumento, por encima de su veracidad histórica. En este proceso manipuló y en muchos casos aisló el entorno para alcanzar su perfección, como sucedió en las liberaciones de la iglesia de Santa María del Naranco (Asturias, 1929-34), en Santo Adriano de Tuñón con la “extirpación” del pórtico meridional (Asturias, 1946), o en San Martín de Castañeda (Zamora, 1946-63).

En el monasterio de Guadalupe, la primera fase de las intervenciones para Educación Nacional comenzaría definitivamente la restauración íntegra del complejo (1942-75). Tras las primeras actuaciones “modernas”, que caracterizaron sus intervenciones anteriores a 1936, la confianza demostrada por la Administración en nuestro arquitecto le permitió planificar sus actuaciones en el tiempo. La búsqueda del estado prístino guió sus proyectos sobre el cenobio, en donde el camarín, la antecapilla y el trono de la Virgen (1942-44, 1953, 1957-58), fueron monumentalizados y concebidos por Pidal como el punto culminante del espacio interior.

13. Iglesia de San Pedro de Nora tras las destrucciones de la Guerra Civil. Foto Luis Menéndez-Pidal. En: “Asturias: Destrucciones habidas en sus monumentos durante el dominio marxista. Trabajos de protección y restauración efectuados o en proyecto”. *Revista Nacional de arquitectura (RNA)*, n° 3, Madrid, 1941

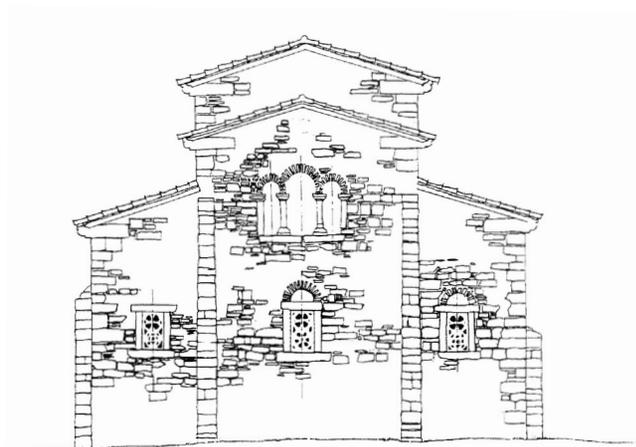
14. Iglesia de San Pedro de Nora, alzado oriental, proyecto de restauración. Luis Menéndez-Pidal, 1957 (Archivo General de la Administración AGA).

15. Iglesia de San Pedro de Nora, planta, proyecto de restauración y construcción de nuevo campanario. Luis Menéndez-Pidal, 1963 (Archivo General de la Administración AGA)

### Etapa final. Inflexión ideológica

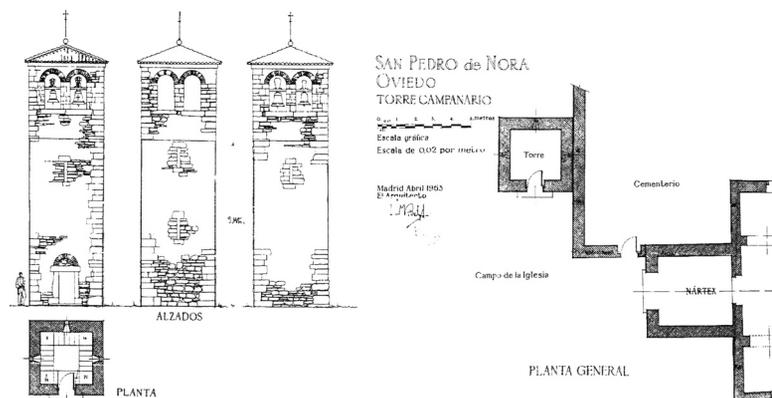
El final de la autarquía y el ingreso de Menéndez-Pidal en la Academia de Bellas Artes de San Fernando (1956) supusieron un nuevo punto de inflexión en sus planteamientos y evolución metodológica. Este último periodo, caracterizado por la conclusión de la reconstrucción de posguerra, abrió un nuevo panorama que dejaba a un lado las actuaciones reparadoras para, con la experiencia acumulada en los años anteriores, introducirse en las revisiones personales que materializaría en los siguientes años.

Su discurso de ingreso en la Academia significó la recopilación ideológica de sus numerosas experiencias personales junto con la asimilación de las diferentes corrientes europeas de restauración, en lo que fue la primera vez, y la única, que nuestro arquitecto se introdujo en el campo de la teoría. Anteriormente se habían dado pequeñas aportaciones, meramente anecdóticas, de criterios o procedimientos que incorporaba en sus proyectos (1954)<sup>9</sup>. Con el título: “El Arquitecto y su obra en el cuidado de los monumentos” (1956), este documento significó el repaso concienzudo de las diferentes influencias que hasta entonces había asimilado, desde las doctrinas de Viollet-le-Duc, pasando por Ruskin, Beltrami, Boito y Giovanonni, las cuales combinaba con su propia experiencia personal; Menéndez-Pidal realizó un auténtico compendio ideológico, didáctico y ecléctico, en un intento por introducir y renovar el anquilosado debate sobre restauración presente entonces en España. De todos sus escritos y publicaciones fue sin duda su documento más actualizado e interesante, por recoger y descubrirnos su perfecto conocimiento de la historia de la disciplina. Su ingreso en la Academia suponía el reconoci-



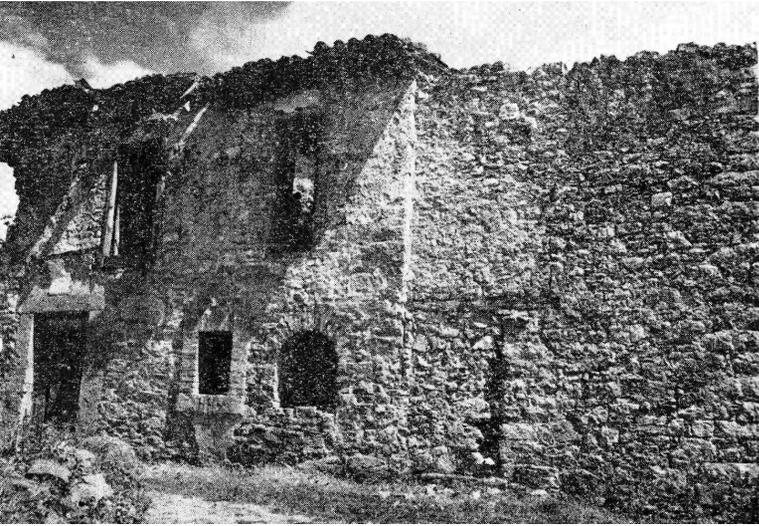
14

miento a una carrera brillante que desde los estamentos institucionales del régimen se le daba a una figura que había protagonizado algunas de las reconstrucciones más señaladas en la posguerra española. Paradójicamente la toma de postura ideológica de Menéndez-Pidal en 1956 fue correspondida con el comienzo de la etapa más intervencionista sobre el patrimonio. Los interesantes conceptos entonces enunciados en la Academia dieron paso a planteamientos escasamente sostenibles si los contrastamos con los defendidos en su discurso programático. Fue en estos últimos años de Menéndez-Pidal cuando asistimos a las intervenciones más injustificadas y arbitrarias de toda su andadura profesional. Actitudes “estilísticas” y reformadoras nos hicieron olvidar, cada vez con mayor claridad, sus iniciales planteamientos “modernos”. Fueron años de contrastes en donde la continuación en la tutela de los monumentos daría pie a la toma de riesgos injustificados, cada vez más evidentes según nuestro arquitecto se iba haciendo más mayor. Fue el momento de poner en práctica la particular “idea del edificio” que nuestro arquitecto albergaba para cada caso concreto, y que en muchos de ellos abordó y materializó hasta sus últimas consecuencias. Al igual que en las etapas anteriores, pero ahora con más claridad, los conceptos de “veracidad histórica” o “autenticidad” quedaron soslayados a favor del “valor formal” y la cualidad plástica de la obra, cayendo en muchos casos en excesos “estilísticos” y en el pintoresquismo historicista, que tan común fue, por otro lado, en los años finales del régimen. Menéndez-Pidal era consciente de que eran sus últimos años de dedicación al patrimonio, y entendía sus intervenciones como el resultado final y definitivo de la vida del edificio<sup>10</sup>.



15

De este modo mantendría los mismos métodos y procedimientos a su anterior etapa, pero serían aplicados con mayor radicalidad y llevados a sus últimas consecuencias. Su posición dominante en las competencias técnicas de la Primera Zona, junto con el aumento de las asignaciones económicas, le facultaron para tomar los riesgos que en años anteriores se habían visto limitados. Por ejemplo, la [continuación de las obras sobre San Salvador de Valdediós \(Asturias, 1953-72\)](#) dio lugar, en sus años finales, a la dudosa reconstrucción de la capilla lateral septentrional, imitando, en todo, a su homóloga al sur. Sin vestigios arqueológicos documentados, su reconstrucción se convirtió en una operación formalista de compleción del monumento, apoyada únicamente desde los más obvios postulados “estilísticos”. Reconstrucciones arbitrarias que se dieron en la continuación de su intervención de la [iglesia de San Pedro de Nora \(Asturias, 1952-64\)](#), cuando en los años finales reformuló su realidad arquitectónica con la construcción de un nuevo nártex exento de ingreso (1958), trasladando el arquetipo de Santullano, y limando, de este modo, las posibles diferencias morfológicas entre esta reducida familia. No obstante, su actuación más discutida fue la construcción, hasta en sus últimos detalles, de un campanario exento y de nueva planta (1963), sobre unos inexistentes cimientos, que recomponía, aún más, la silueta exterior del monumento y su relación con el paisaje. La restauración de la [catedral de León \(1948-71\)](#) vería en sus últimos expedientes una actitud igualmente revisionista, cuando, argumentando cuestiones estructurales, desmonta y recompone su hastial meridional (1961). En [San Isidoro de León \(1958-74\)](#), el interés que suscitaba el templo y su



16



17

cripta como destino turístico llevó a la recomposición “estilística” de su interior, con motivo de su adaptación a museo. Igualmente sucedió con el [convento de San Francisco de Lugo \(1951-69\)](#) adaptado a museo provincial de Bellas Artes. Pero la actuación más sorprendente de su último período sería la reconstrucción íntegra de la [iglesia de Santa María de Bendones \(Asturias, 1958-71\)](#), sobre unos restos arqueológicos inciertos. Esta intervención fue el ejemplo más controvertido y arriesgado de toda su vida profesional, y quizás el que mejor haya expuesto los excesos de su particular metodología arqueológica.

Asimismo, esta última etapa fue pródiga en liberaciones sistemáticas de edificios en busca de su “autenticidad” formal (a pesar de las críticas que sobre esta práctica había vertido en su discurso); así la iglesia de Santiago Peñalba (León, 1949-71), se vio liberada en sus últimos expedientes de todo el caserío tradicional que la envolvía; como sucedió con las liberaciones sistemáticas de las murallas de León (1962-72), de Zamora (1956-75), o de Lugo (1949-63).

Menéndez-Pidal siguió confiando su metodología en las mismas claves históricas y arqueológicas que hasta entonces habían regido sus actuaciones anteriores, sin embargo, en sus últimos años, fue patente la introducción de nuevas tecnologías, las cuales fueron adoptadas con el único condicionante de que quedaran no quedaran vistas. El papel preponderante otorgado al “aspecto”, por encima de la fidelidad arqueológica, le llevó a modificar partes estructurales y constructivas originales en artilugios modernos, con nuevos materiales, ajenos a la naturaleza constructiva del edificio e introduciendo condicionantes estructurales perniciosos, pero respetando escrupulosamente su aspecto exterior.

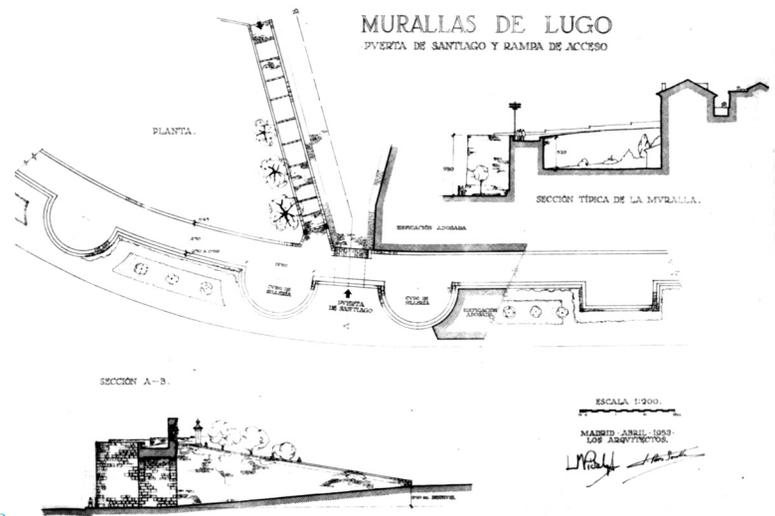
Se separaba de este modo del racionalismo constructivo de su método “histórico-arqueológico” que había abrazado en sus anteriores etapas, para dejarse caer, por conveniencia o mero deseo de modernidad, en los postulados más desafortunados del “método científico”. Este último período vio como se renovaban cubiertas y fábricas, o se afianzaban estructuras, con extrañas soluciones entendidas desde una supuesta modernidad que introducía variables desconocidas y en muchos casos incompatibles; como las láminas de hormigón armado que se superponían al trasdós de las bóvedas para asegurar su estabilidad, pero que traicionaban el sistema estructural, cuya dudosa panacea fue aplicada, entre otros casos, en la segunda fase de la iglesia de Horta (Zamora, 1960-68). Excesos estructurales como las vigas de atado de las bóvedas que se dispusieron en la iglesia de San Rosendo de Celanova (Orense, 1963-66), que quedaban nuevamente ocultas en su trasdós. Operación similar a la empleada en la iglesia del monasterio de Osera (Orense, 1958-60). En la misma línea de procedimientos, la iglesia del monasterio de Acebeiro (Pontevedra, 1959-63) fue consolidada en su cabecera mediante una traumática viga de hormigón armado, que rigidiza por completo el conjunto y modifica su comportamiento estructural.

En el monasterio de Guadalupe, el incremento de la asignación económica, que consiguió nuestro arquitecto tras el informe de 1962, alumbró un nuevo horizonte, en donde la planificación de actuaciones de más envergadura llevaría la revisión formalista de su arquitectura y la efectiva búsqueda de su “idea de monumento”, materializada en los años siguientes hasta 1975(†).

16. Restos de la iglesia de Santa María de Bendones, fachada meridional. Foto Luis Menéndez-Pidal. En: "La reconstrucción de Santa María de Bendones". Instituto de Estudio Asturianos (IDEA), Oviedo, 1974

17. Vista exterior de la iglesia ya reconstruida. Foto Luis Menéndez-Pidal. En: "La reconstrucción de Santa María de Bendones". Instituto de Estudio Asturianos (IDEA), Oviedo, 1974

18. Murallas de Lugo, puerta de Santiago proyecto de restauración. Por: Luis Menéndez-Pidal y Francisco Pons Sorolla, 1953. Archivo General de la Administración (AGA)

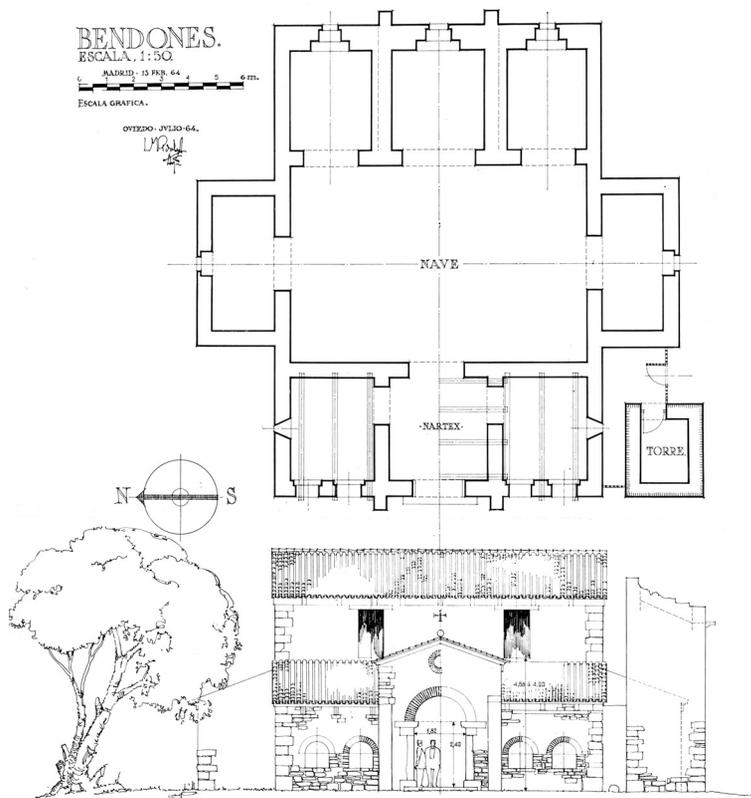


18

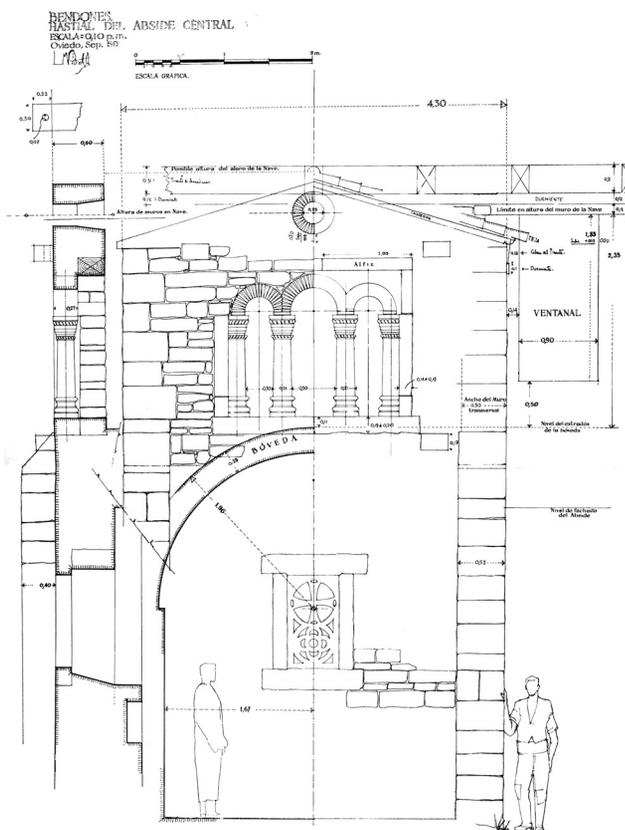
## Conclusiones

Como se deduce del repaso a su trayectoria profesional y sus diferentes etapas en defensa del patrimonio, las numerosas experiencias metodológicas de Menéndez-Pidal estuvieron siempre avaladas por su método de intervención, fruto de su particular visión de la restauración arquitectónica. Fraguado en sus primeros años y consolidado con la superación de los desastres bélicos y el conocimiento, bajo su propia experiencia, de la inoperancia del discurso "científico", su método deductivo se convirtió en su más sólida apoyatura, por encima de cualquier vinculación ideológica. El método de Menéndez-Pidal se apoyaba en la investigación histórica y arqueológica para, a través de un proceso analítico-deductivo, desentrañar el estado prístino del monumento<sup>11</sup>. Los datos extraídos en sus observaciones e investigaciones eran contrastados con los deducidos mediante las comparaciones con otros ejemplos similares (normalmente sometidos a determinadas, y comunes, leyes) en busca de una etapa histórica la más veraz y convincente a la que dirigir la restauración. Fue un método entendido desde una doble estrategia científica y artística: científica por sujetarse a sus investigaciones (e interpretaciones) históricas y arqueológicas; y artística porque el resultado final había de poseer una coherencia estética capaz de comunicar su cualidad plástica<sup>12</sup>. Así los elementos perdidos o deteriorados podrían ser sustituidos por otros idénticos, o incluso mejorados, más "auténticos", para conseguir su "estado original". Por encima de corrientes y tendencias Menéndez-Pidal siempre admitiría la legitimidad de la "restauración" como hecho necesario para devolver la perdida "integridad" del

edificio y asegurar su perduración en el tiempo. Pero fue una intervención siempre contenida dentro de algunos límites, marcados por sus propias deducciones, al margen, en muchos casos, de la fidelidad a la historia y con ello al valor documental, lo que le indujo a caer con frecuencia en el "falso histórico". La experiencia de los sucesos bélicos le llevaron a entender el concepto de "valor artístico" como argumento prioritario, por encima del "histórico", anticipándose a los enunciados que años más tarde introdujera Cesare Brandi, con su "teoría del restauro" y la aportación, tras la Segunda Guerra Mundial, de la "restauración crítica". No obstante, su historicismo y la búsqueda arqueológica del "estado original" le privaron de caer en los excesos de la modernidad por "distinguirse de lo viejo"; más bien indagó la trabazón lógica, rigurosa y bella con lo antiguo. La continuidad en la elección del material, para no alterar las cualidades formales y cromáticas del conjunto, fue una constante en su metodología. Y de este modo, si las aportaciones imitativas estaban permitidas para no desentonar con el edificio original, las reconstrucciones estuvieron justificadas, según Pidal, en casos excepcionales como una guerra o un colapso puntual. La superación de los traumáticos acontecimientos de la Guerra Civil le habían aportado la seguridad de este juicio, a priori arriesgado, pero que las intervenciones de posguerra así le fueron indicando. Así lo atestiguan la Cámara Santa de la catedral de Oviedo (1938-42) o la torre de San Tirso de Sahagún (León, 1949-72), que fueron restituidas íntegramente ambas, "hasta en sus últimos detalles", mediante un proceso científico y arqueológico. Si bien estas actuaciones pueden estar justificadas, otros casos, como las



19



20

19. Iglesia de Santa María de Bendones, planta y alzado oeste, proyecto de reconstrucción. Por: Luis Menéndez-Pidal, 1954 (Archivo General de la Administración AGA)

20. Iglesia de Santa María de Bendones, proyecto de reconstrucción del ábside. Luis Menéndez-Pidal, 1950 (Archivo General de la Administración AGA)

21. La catedral de Oviedo. Proyecto de restauración de la aguja de la torre gótica. Luis Menéndez Pidal, 1944 (Archivo General de la Administración)

22. La catedral de León, hastial meridional, estado actual

reconstrucciones de las ruinas de Santa María de Bendones (Oviedo, 1958-71), o las del campanario de San Pedro de Nora (1952-64), ofrecieron serias dudas sobre la verosimilitud de su método. Así pues, hubo un ancho campo de experimentación entre las diversas sensibilidades que acompañaron la evolución de Menéndez-Pidal que supo explorar con sus intervenciones. Su habilidad estribó en su capacidad por no aceptar un único criterio, sino beneficiarse de todos aquellos que fueran fructíferos y relevantes, entendidos como acumulativos o alternativos y no como excluyentes. A pesar de los excesos interpretativos que salpicaron buena parte de sus intervenciones sobre los monumentos, fundamentalmente en su última etapa, no por ello hemos de restar crédito a otras muchas afortunadas actuaciones que nos deparó su personal entendimiento de la restauración. Quizás la más trascendente de las críticas se halle en su error, común en esa época, de entender su intervención como algo aislado y definitivo en la historia del monumento. Muchas de sus intervenciones trataron de restituir la obra en un estado completo, perfecto y cerrado, en algunos casos con las discriminaciones propias de la práctica moderna, pero en muchos otros, con las licencias contempladas en su particular metodología. La seguridad en sus planteamientos y su conocimiento profundo de los monumentos le hicieron verse a sí mismo capacitado de devolver el edificio a su momento culminante, sin comprender su verdadero papel de eslabón en la larga cadena de intervenciones que configuran la tutela de cada ejemplo.



### Nota biográfica:

Luis Menéndez-Pidal nació en Pajares del Puerto (Asturias) en 1893. Realizó sus estudios en la Escuela de Arquitectura de Madrid, donde terminó en 1918 con el número dos de su promoción. Allí recibió sus primeras influencias en el mundo de la restauración marcadas por las cátedras de proyectos que dirigían Vicente Lampérez y Leopoldo Torres Balbás. Ambos arquitectos protagonizaban entonces la revitalización del yermo debate teórico sobre restauración monumental en España, defendiendo posturas encontradas pero muy enriquecedoras para la formación de nuestro personaje.

Su consagración definitiva al campo de la restauración arquitectónica se produjo en 1923, cuando recibió el encargo para la restauración del monasterio de Guadalupe en la provincia de Cáceres, por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Aún antes del inicio de la etapa franquista recibió, ya en Asturias, otro proyecto que le afianzaría aún más sólidamente en su camino: la restauración del monumento prerrománico de Santa María del Naranco (Palacio de Ramiro I) en 1929, fruto de la positiva aceptación de su trabajo. La mediación de Gómez Moreno fue clave en la consecución de este encargo así como en la decidida influencia “histórica” y “arqueológica” que durante este proyecto asimiló. Tras los acontecimientos revolucionarios de Asturias la llegada de la Guerra Civil le sorprende en Madrid. Su vinculación política al bando nacional le llevó a sortear no pocos peligros para su vida. Durante este periodo, Luis Menéndez-Pidal actuaría militarizado como Agente del Servicio de Recuperación Artística en la recuperación del maltrecho patrimonio artístico. En diciembre de 1937, y bajo la indicación directa de Pedro Muguruza Otaño, fue designado por la Academia de Bellas Artes de San Fernando, sita entonces en San Sebastián, Representante de la Junta Informativa de la Reconstrucción, cuya labor desempeñaría en Oviedo hasta el final de la guerra.

Su nombramiento significó la tutela de los monumentos de la Zona Cantábrica, y en particular los de Asturias, durante el conflicto civil, vinculación que se prolongaría ya definitivamente hasta el final de sus días. Por estos años Luis Menéndez-Pidal se encargó de dirigir los trabajos de protección y reparación de muchos monumentos que recibían las atenciones primordiales para evitar su ruina y definitiva pérdida; entre ellos destacó por encima de todos la continuación de los trabajos de reconstrucción de la Cámara Santa que había sido destruida en 1934 durante la Revolución, y cuya reconstrucción había sido organizada inicialmente por Gómez Moreno y Alejandro Ferrant. Su nombramiento para este nuevo reto en 1938 significaría la imposición de sus personales planteamientos y métodos hasta su positiva conclusión en los años siguientes. El fin de la guerra (1939) supuso el comienzo de una frenética actividad de recuperación del patrimonio dañado; y Regiones Devastadas incluyó a Luis Menéndez-Pidal entre sus selectos arquitectos para su doble estrategia de reconstrucción y propaganda. Fijada su residencia en Madrid, fue nombrado Comisario de la Zona

Cantábrica ese mismo año de 1939, lo que significaba la continuación de las labores ya comenzadas durante el conflicto. Desde su nuevo cargo desempeñó una extensa y profusa labor de reconstrucción y reparación de los monumentos “adoptados” por el Servicio.

Entre los monumentos seleccionados por Regiones y puestos bajo la tutela de nuestro arquitecto se contaron: la catedral de Oviedo (donde se realizó la espectacular reconstrucción de la aguja), el Santuario de Covadonga (con la completa reconstrucción de la Cueva), la colegiata de Arbás (León), y un sinfín de pequeñas iglesias asturianas (Santa María de Villaviciosa, San Julián de Prados, San Salvador de Fuentes, San Salvador de Priesca, San Pedro de Nora, San Adriano de Tuñón, etc.) que recibieron una atención urgente y vital que conservó su arquitectura con las dificultades económicas propias de aquél periodo.

OVIEDO  
S. CATEDRAL.



21

Tras la guerra presentó diversos trabajos en exposiciones nacionales y extranjeras y conoció las culturas europeas, viajando por Italia, Francia, Bélgica, Portugal y Alemania. Será de Italia y Francia de donde extraiga sus mayores influencias en el campo de la restauración arquitectónica. Allí conoció el debate “científico” del momento y la influencia de la Carta de Atenas de 1931, a la vez que estudiaba las actuaciones y doctrinas de Viollet-Le-Duc, Camillo Boito y Gustavo Giovannoni.

Ya en España, en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1941, obtuvo el reconocimiento a su trabajo, desde las nuevas instituciones políticas, con la

concesión de la Primera Medalla Nacional de Arquitectura que premiaba su labor durante entonces 17 años de restauración del monasterio de Guadalupe. Ese mismo año de 1941 fue nombrado Arquitecto Conservador de Monumentos del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional, siéndole asignada la Primera Zona (que aglutinaba las provincias de Asturias, León, Zamora, La Coruña, Lugo, Orense y Pontevedra), cuyo puesto conservaría hasta el final de sus días. Desplazaba del cargo a su colega Alejandro Ferrant, que menos favorecida por las instituciones vería truncada su proyección profesional en la Zona Cantábrica. Además, nuestro arquitecto continuaría siendo responsable de la restauración, ya empezada antes de la contienda, del monasterio de Guadalupe y en cuyo puesto realizaría una labor extensísima hasta el final de sus días. Con su nuevo cargo, sus competencias abarcaban la totalidad de los monumentos declarados de la Primera Zona cuya conservación pasaba directamente por su personal y único criterio. Sus privilegios se concretaban en una autonomía absoluta para seleccionar qué monumentos habían que intervenir y cómo, distribuyendo asimismo las asignaciones económicas según su conveniencia. Su libertad de acción y planificación era total y conforme a ella, sus planteamientos y actuaciones efectivas sobre su patrimonio arquitectónico.



22

Durante estos años Menéndez-Pidal mantuvo bajo sus manos los monumentos más señalados de esta amplia zona, entre los que destacaron: las catedrales de Oviedo, Zamora, León, Santiago, Mondoñedo y Tuy, los monasterios de Carracedo, Montederramo, San Martín de Castañeda, Ribas del Sil, Osera; o las iglesias de Santiago de Peñalba, San Miguel de Escalada, Santa María del Campo, o las iglesias prerrománicas asturianas, por citar algunos ejemplos de los numerosísimos que restauró por estas fechas. Además de su ingente actividad profesional, su contrastada capacidad de trabajo le permitió realizar algunas publicaciones de sus experiencias personales e investigaciones en los monumentos que intervino, testimonio de ellas son las conocidas: “Destrucciones habidas durante...” (1941), “Notas sobre la reconstrucción de la Cámara Santa” (1941), o “Los monumentos de Asturias,

su aprecio y restauración desde el pasado siglo” (1954). Su profusa actividad y su permanente vinculación a su Asturias natal le valió un primer reconocimiento al ser nombrado miembro del Instituto de Estudios Asturianos en 1951; con un discurso monográfico sobre la Cueva de Covadonga, resumía y divulgaba la restauración de este enclave, a la vez que reforzaba el doble entendimiento religioso y artístico que tuvo presente en su intervención, el mismo que caracterizaría buena parte de las obras de nuestro arquitecto. Sin embargo, su consagración definitiva dentro del panorama cultural nacional se produjo con su ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en 1956 (con la medalla número diez, y bajo el patrocinio directo de Pedro Muguruza). Su celebrado y divulgado discurso, “El Arquitecto y su obra en el cuidado de los monumentos”, significó el posicionamiento ideológico y metodológico de su actitud restauradora, de su lectura comprobamos su perfecto conocimiento del moderno debate sobre restauración.

La continuación de la tutela de los monumentos de la Primera Zona, junto con la restauración del monasterio de Guadalupe ocuparon la última etapa de actividad profesional de nuestro arquitecto, ya desde su puesto de privilegio en el panorama nacional, operando cada vez con mayor libertad sobre los monumentos, en una evolución nítidamente intervencionista conforme iba acercándose el final de su carrera y asumiendo riesgos que habían sido rechazados en sus primeros años. Así corrió su vida, dedicada en exclusiva al cuidado de sus monumentos, hasta que sufrió un grave accidente en 1973, fue en una de sus innumerables visitas de obra, a saber, la iglesia de Santiago de Peñalba, en el valle del Silencio (León). Unos meses más tarde fallece, el viernes 28 de febrero de 1975. Fue enterrado en la colegiata de Arbás (León), uno de sus más queridos monumentos, siguiendo así la costumbre medieval y acorde a su espíritu devoto. Allí reposa, en un monumental lucillo sepulcral que él mismo se encargó de acondicionar años antes.

Luis Menéndez-Pidal fue un hombre culto y gran conocedor de la Historia de la Arquitectura y del Arte. Ambas disciplinas le dieron la base necesaria para actuar con la suficiencia que demostró en su trabajo. Metódico y vehemente, su fuerte carácter le proporcionó una atención constante hacia “sus monumentos” y más de un opositor a su doctrina, que en no pocas ocasiones le causaron asperezas en la defensa de sus posiciones. Fue un arquitecto ampliamente admirado en su época. Al margen de ideales o adhesiones políticas, siempre discutibles, sus decididos principios de intervención y la confianza en su “método” nos depararon una actitud que se nos presenta como un instrumento inmejorable para el estudio de una etapa de la restauración arquitectónica española fundamental, y en muchos casos rechazada por desconocida. Las restauraciones de Pidal, en este contexto, se nos presentan clarificadoras y aleccionadoras del periodo donde se sitúan (desde Alfonso XIII pasando por la Segunda República y durante la totalidad del régimen franquista). En definitiva, Menéndez-Pidal consagró su vida al cuidado de sus monumentos, con advocación y monástica dedicación, como él mismo dijo: “... ya que Dios no me dio hijos, me hizo dedicarme con absoluta abnegación a los monumentos que son mis hijos” (1974).

## Notas

1. Martínez Monedero, Miguel. “Las restauraciones arquitectónicas de Luis Menéndez-Pidal”. Tesis doctoral inédita. Dirigida por los Profesores Ignacio Represa Bermejo (España), y Johannes Cramer (Alemania). Departamento de Teoría de la Arquitectura y Proyectos arquitectónicos, Universidad de Valladolid, 2004.
2. Para las diferentes corrientes sobre restauración arquitectónica consultar en GONZÁLEZ VÁRAS, Ignacio. *Conservación de bienes culturales, teoría historia y principio*, Cátedra, Madrid, 1999. Y para la actitud “estilística” en particular en: GALLEGO FERNÁNDEZ, Pedro Luis. “Viollet-le-Duc: la restauración arquitectónica y el racionalismo arqueológico fin desiglo”, en *Restauración arquitectónica*, Universidad de Valladolid Secretariado de publicaciones, Valladolid, 1992, pp. 29-50; asimismo en: ARRECHEA MIGUEL, Julio. “De la composición a la arqueología”, en *Restauración arquitectónica*, Universidad de Valladolid Secretariado de publicaciones, Valladolid, 1992, pp. 11- 28; y en: *Arquitectura y Romanticismo. El pensamiento arquitectónico en la España del XIX*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, Valladolid, 1989.
3. La “restauración en estilo” había sido asimilada gracias a la figura de Vicente Lampérez y Romea (1861-1923). Admitida como doctrina oficial durante el siglo XIX, hasta sus últimos años no se experimentó una tímida oposición proveniente del contexto italiano, fundamentalmente de las aportaciones boitianas. Las posiciones antagónicas provinieron de Leopoldo Torres Balbás (1888-1960), quien protagonizó la crítica a la actitud “estilística” desde la asimilación de los principios del “método científico”.
4. Menéndez-Pidal, por encima de cualquier entendimiento personal, actuó al servicio de una causa que entendía la “reconstrucción” como fin último, y sobrepusiera una efectiva recuperación, íntegra y satisfactoria, sobre el caos creado por los episodios bélicos. MUÑOZ COSME, Alfonso, *La conservación del Patrimonio arquitectónico español*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1989; así como en: GONZÁLEZ VARAS, Ignacio. *Conservación de bienes...* Ibídem. 1999. cap. 8, pp. 306-312.
5. Según un informe elaborado por la Dirección General de Regiones Devastadas en 1943, se habían arrasado 150 iglesias, demolidos 1.850 edificios y se causaron daños serios en 4.850 templos. “La reconstrucción de España”. *Reconstrucción*. AA.VV, nº 35, Madrid, 1945, pp. 2-6. Regiones mantuvo una política de “adopción” de los pueblos liberados, especialmente de aquellos que habían demostrado algún tipo de heroísmo.
6. MENÉNDEZ-PIDAL Y ÁLVAREZ, Luis. *La cámara Santa de Oviedo. Su destrucción y reconstrucción*. BIDEA, nº 39, 1960, p. 12. Y también en: *Los monumentos de Asturias su aprecio y restauración desde el pasado siglo*. RIDEA, 1954, p. 42.
7. La operación iba más allá del plano arquitectónico para integrarse en una órbita ideológica. La buscada reconstrucción superpondría un nuevo orden allí donde la barbarie de las “hordas marxistas” habían impuesto la destrucción, a “destrucción sistemática”, se oponía la “reconstrucción sistemática”. MENÉNDEZ-PIDAL, Luis. “Asturias. Destrucciones habidas en sus monumentos durante el dominio marxista. Trabajos de protección y restauración efectuados o en proyecto”, *Revista Nacional de Arquitectura* Nº 3, Ministerio de la Gobernación, Madrid, 1941-42, pp. 1-42. En GARCÍA CUETOS, Mª Pilar. “Historia y restauración...” Ídem, 1999, p.151. Prueba de su señalada importancia lo muestra que el segundo número de la revista propagandística de Regiones Devastadas, “Reconstrucción”, le dedicara la portada de su segundo número, señalando su “heroicidad” en el “glorioso sitio”. AA.VV. *Reconstrucción*, Nº2, Dirección General de Regiones Devastadas y Reparaciones, Madrid, 1939.
8. Sólo eran siete para todo el territorio español, de ahí que se les llamara con el sobrenombre de “los siete magníficos”. Esta división en regiones de actuación provenía del periodo republicano y fue adoptada y continuada por la administración franquista. En: VV.AA. “Veinte años de Restauración Monumental en España”. Catálogo de la Exposición. Ministerio de Educación Nacional, Dirección General de Bellas Artes, Madrid, 1958. Introducción, p. 5.
9. MENÉNDEZ PIDAL Y ÁLVAREZ, Luis. “El arquitecto y su obra en el cuidado de los monumentos”. Discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando el 27 de Mayo de 1956, y contestado por D. José Yáñez Larrosa. Madrid, 1956.
10. Como ha comentado Muñoz Cosme, múltiples circunstancias incurrieron en esta nueva coyuntura: en primer lugar, la sociedad española, en plena expansión económica y demográfica, ejercía fuertes presiones sobre una patrimonio objeto de múltiples intereses; en segundo lugar, una legislación insuficiente, que provenía en su mayor parte de los logros alcanzados en la etapa republicana, a lo que se unía una administración anquilosada para la que el patrimonio era una materia de menor interés; y por último, las fuertes presiones que el desarrollismo económico ejercía sobre el patrimonio para ofrecer un producto satisfactorio a las demandas de la población y al creciente turismo que a partir de estos años se convertiría en la principal fuente de ingresos de nuestra economía. MUÑOZ COSME, Alfonso. *La conservación del Patrimonio arquitectónico español*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1989.
11. En relación al “método arqueológico” consultar en: “El método arqueológico aplicado al proceso de estudio y de intervención en edificios históricos”. VV. AA. *Arqueología de la Arquitectura*, Junta de Castilla y León, Burgos, 1996; y también en: CABALLERO ZOREDA, L. “El método arqueológico para la comprensión del edificio. Dualidad sustrato-estructura”. *Curso de mecánica y tecnología de los edificios antiguos*. COAM, 1987, pp. 13- 58.
12. Derivado de la “restauración estilística”, el “método histórico-analítico”, también conocido como la “restauración histórica”, se constituyó como una consciente y científica rectificación del “método estilístico”. Desempeñado en Italia por Luca Beltrami y Alfredo D’Andrade, entre otros se había significado como la interpretación filológica y veraz del “método estilístico”, además de constituirse como una clara referencia de las aportaciones teóricas que por entonces realizaba Camillo Boito. Así, Menéndez-Pidal compartió con el “método histórico-analítico” de Beltrami su interés por la investigación histórica del edificio, no obstante su método se separa de aquél por cuanto es partidario de reconstruir elementos y formas por deducción estilística o analogías formales y confrontación con otros monumentos del mismo estilo, siempre en busca de la “autenticidad” formal.